Epoca IV — Barcelona 10 de marzo de 1915 — Número 250

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

Otro Manifiesto de Sebastián Faure

En uno de los números anteriores publicábamos algún detalle de la entrevista celebrada por el camarada Sebastián Faure con el ministro del Interior francés. Hoy que dicho camarada nos ha enviado, acompañado de una carta, el manifiesto que ha publicado como consecuencia de tal entrevista, nos complacemos en publicarlo para que vean nuestros compañeros cómo están los ánimos en favor de la paz en uno de los países beligerantes.

Dice así la carta y el manifiesto:

Queridos camaradas de TIERRA Y LIBERTAD.

Barcelona

Los amigos me informan que el periódico que redactáis ha anunciado mi arresto y mi próxima comparecencia ante un Consejo de guerra.

Me apresuro a comunicaros que dicha noticia no es cierta. Estoy en libertad y no pienso que esté en peligro de ser arrestado.

Si tal cosa ocurriera os advertiría de ello inmediatamente.

Os saluda fraternalmente

SEBASTIÁN FAURE

Explicación a mis amigos del por qué yo renuncio, POR EL MOMENTO, a mi campaña en favor de la paz.

MI ENTREVISTA DEL DIA 26 DE ENERO

CON M. MALVY, MINISTRO DEL INTERIOR

M. Malvy me había citado para las cinco de la tarde. Yo fuí exacto a la entrevista. El ministro me esperaba y me hizo introducir inmediatamente en su despacho, donde me recibió con bastante sencillez y hasta con cordialidad.

Mi entrevista con el ministro ha sido conmovedora, como pocas veces me haya ocurrido, y por ello he decidido reseñarla en el mismo día, resumiendo nuestra conversación tan fielmente como me sea posible.

No lo hago porque conceda a la cualidad de mi interlocutor una importancia particular, sino porque tengo una verdadera necesidad de decir a mis amigos y compañeros por qué razón he cesado, bruscamente y cuando apenas había sido comenzada, la campaña en favor de la paz, de la cual, mi llamamiento a los socialistas, sindicalistas revolucionarios y anarquistas, no era más que un preludio.

M. Malvy me hizo saber antes que todo, que siendo estudiante, y hasta mucho después de haber dejado de serlo, había regularmente asistido a mis conferencias, en las que, sin aprobarlas totalmente, había aplaudido la exactitud de mis observaciones y la nobleza de mis ideas, y que, en fin, había tenido gran placer en escucharme tanto por el ardimiento de mis doctrinas como por oir en una bella manera de hablar una excelente lección de elocuencia.

Al escuchar tal manera de entrar en materia, díjeme yo: ¡Demasiadas flores! ¿Qué será lo que pensará decirme después? Pero sin insistir en los elogios, M. Malvy se apresura a declarar:

—Si os hablo de semejante modo es para demostraros que os conozco bien y desde largo tiempo, y es por esto, porque os conozco, por lo que he querido veros. Yo os doy mil gracias por haber venido.

Luego añadió:

—Es de vuestro manifiesto *¡Hacia la paz!* de lo que quiero hablaros.

—Me lo suponía, señor ministro.

—No lo dudo; le ruego, pues, que tenga a bien escucharme.

—¡Diga lo que guste. Le escucho.

El ministro intenta entonces la empresa de convencerme de que si bien dicho manifiesto, muy bueno, muy bien estudiado, muy elocuente (es M. Malvy quien dice esto), está inspirado por un pensamiento generoso y un motivo laudable, en cambio, apresurar el fin de las matanzas que se ocasionan con la guerra es peligroso y perjudicial, porque todavía es muy prematuro para hacer tal cosa.

—La Francia no es la que ha querido la guerra—dice M. Malvy—; ha hecho cuanto ha podido para evitarla, y, en cambio, ha sido víctima de una agresión tan premeditada como brutal. Ninguno de los hombres que constituyen el gobierno actual hubiera consentido una guerra ofensiva; ninguna alianza hubiera sido capaz de comprometernos en tal sentido. Pero Francia ha sido atacada y era nuestro deber hacer un llamamiento a la nación para que empuñara las armas para defenderse y salvar su porvenir.

Tanto mis compañeros de gabinete como yo hemos asumido ante los ciudadanos de este país grandes responsabilidades, y estas responsabilidades nos imponen deberes a los cuales no podemos faltar sin hacerles traición. La guerra es una cosa horrible, abominable, sí, es verdad; pero ya que hemos sido obligados a someternos a ella no tenemos el derecho de precipitar su fin antes de la victoria definitiva, la que, hoy día, es ciertísima.

El gobierno tiene la convicción firmísima de que Alemania llega al fin de sus recursos y muy próximamente se verá obligada a reconocer su derrota. La paz es muy deseable, es verdad, y yo os garantizo que la haremos tan pronto como las circunstancias lo permitan; pero reflexionad, convenceos de que el momento no es todavía propicio para hablar de ello.

M. Malvy desenvuelve esta idea hablando con gran calor, llegando a la conclusión siguiente:

—Yo os ruego, y es por este motivo por lo que os he querido ver, os ruego, repito, no solamente como miembro del gobierno de la Defensa Nacional, sino, sobre todo, como demócrata y librepensador, que suspendáis en ESTE MOMENTO toda propaganda en favor de la paz. No os pido que renunciéis a ella definitivamente, sino simplemente que aplacéis por un corto tiempo el llevarla a cabo.

A lo que respondí:

—Habéis hablado de modo que me obliga en vuestro favor; yo olvidaré, puesto que a ello me autorizáis, que estoy hablando con un ministro; puesto que lo queréis, seré el hombre que responde a otro hombre. ¿Me permitís una pregunta?

—Hacedla sin temor alguno.

—Señor ministro, ¿habéis leído bien y detenidamente mi escrito, calificado por el público de manifiesto?

—Le he leído, y con gran atención, desde el principio al fin. Os lo repito, lo he encontrado muy moderado en la forma y muy estudiado en el fondo, y precisamente son estas condiciones de vuestro escrito las que lo hacen peligroso.

—En efecto, yo pesé bien todos sus términos. Puesto que lo habéis leído habréis notado que en él no hablo de una paz *hic et nunc*, de una paz que deje subsistentes las causas del conflicto. No hablo yo de una paz que coloque de nuevo a las naciones beligerantes en el *statu quo ante*. No hablo yo de una paz que humille a Francia, colocándola en la postura de un país vencido o agostado o que la deshonre separándola de sus aliadas, de las cuales es y se mantiene solidaria. Yo hablo en mi escrito de una paz honrosa y ventajosa, de una paz que tenga en cuenta las restituciones necesarias, las indemnizaciones equitativas y el derecho de todas las nacionalidades. Yo hablo, en fin y sobre todo, de una paz estable, cimentada en tales bases y rodeada de tales garantías, que ninguna nación pueda ser tentada de desencadenar un nuevo cataclismo ni aunque se halle en estado de poderlo intentar. Yo hablo de una paz que, si ella no nos conduce a la constitución de los Estados Unidos de Europa, nos lleve a una Europa pacificada para muy largos años.

—Estamos completamente de acuerdo. Está bien una paz semejante, que nosotros deseamos como usted, y que hemos de hacer cuanto podamos por alcanzarla. Pero, precisamente una paz así comprendida, por deseable que ella sea, es imposible en la hora actual, y yo estimo que, en plena guerra, es perjudicial y peligroso hablar de ella, puesto que con ello se enerva y debilita el sentimiento nacional, se priva de energía a la exaltación patriótica, necesaria e indispensable tanto a los hombres que se baten en las trincheras, como a los que quedan en sus casas. ¿Habéis pensado en ello?

—No era eso lo que debía pensar; en todo caso no era ese el fin que yo me había propuesto.

—¿Qué fin, pues, era el que perseguíais?

—Yo he querido simplemente preparar los espíritus para que examinen con benevolencia, y no que rechacen sin estudio, la eventualidad de que pueda llegarse al desenlace de la horrible tragedia en un tiempo tan próximo como sea posible. He querido oponer la voz de la Razón a los alaridos de la Locura. Yo he querido que entre el concierto de las imprecaciones salvajes se elevara una palabra de concordia y de humanidad. Pienso que no es bueno para la salud de los pueblos el vivir durante meses y meses en una atmósfera de odio y ferocidad, y persisto en creer que hará un bien inmenso aquel que haga circular por entre esa atmósfera saturada de resentimientos y de cóleras, algunas corrientes de dulzura y reconciliación.

—Yo no dudo, no quiero dudar de vuestras buenas intenciones, y reconozco que los sentimientos que han inspirado vuestro manifiesto son humanitarios. Pero, una vez más os lo digo, tengo la profunda convicción de que el resultado no sería el que esperáis. Ante un manifiesto, y sobre todo de un manifiesto como el de que tratamos, que se dirige al alma sentimental y al espíritu un poco simplista de la multitud, hace falta considerar, principalmente, la impresión que se desprende del instinto. Lógicamente, no es nada dudoso que, doloridos de la guerra, de los duelos, las pérdidas y las angustias que ella ocasiona fatalmente, todos aquellos que lean vuestro llamamiento, no sacarán de él más que una sola impresión, que bien puede traducirse del siguiente modo: "Es verdad; es preciso terminar con la guerra a toda costa y sin esperar más. Sebastián Faure tiene razón. ¡Protestemos contra esta maldita guerra; reclamemos la paz; obliguemos al Gobierno a firmarla cueste lo que cueste!" Aun hay otra cosa; sin duda ignoráis que, en el Mediodía especialmente, numerosos agentes al servicio de Alemania predican también la paz. ¡Oh, yo me apresuro a añadir que en todo ello no hay más que simple coincidencia —de ello estoy convencidísimo— y os ruego que no veáis en mis palabras la más mínima alusión injuriosa! Pero señalo el caso porque aporta una indiscutible fuerza a mi tesis. Comprenderéis que predicar la paz en los actuales momentos, es favorecer, aunque sin quererlo, los intereses y las agitaciones del enemigo, y, por consiguiente, perjudicar, en idéntica proporción, los intereses de Francia.

Yo replico, él insiste, y la discusión fué, durante unos instantes, ardiente, apasionada, poniendo cada uno de nosotros en la defensa de nuestros respectivos puntos de vista una gran pasión y una convicción profunda.

—Yo os he dicho todo cuanto quería deciros—añade M. Malvy—, todo cuanto tenía el deber de deciros. Se que sois firmemente consecuente con las ideas que defendéis desde hace veinticinco o treinta años, las que profesáis y propagáis, pero también se que vuestro espíritu es accesible al sentido de las necesidades, que alguna vez inclinan la doctrina ante la ley de la realidad. He aquí por qué no desespero de haberos convencido, e insisto nuevamente en solicitar que ceséis provisionalmente en la propaganda que habéis comenzado. Pero para mejor convenceros y con mayor seguridad, antes que con toda otra consideración que pudiera exponeros, os mostraré la prueba de que vuestro llamamiento acarrea muy graves consecuencias. Si vuestro manifiesto no hubiese llegado más que a manos de la población civil, la cosa hubiera sido, ciertamente, lamentable, mas el mal no tendría tanta importancia. Pero el manifiesto ha llegado también a los soldados que están al frente del enemigo, y esto es de una gravedad extrema. Sabemos que ha sido leído en las trincheras, que ha circulado y pasado de mano en mano. Lleva al pie un nombre conocido y querido; está muy hábilmente redactado y es de temer, si no se pone pronto remedio, que tenga una aprobación entusiasta e irreflexiva por un gran número de nuestros soldados. Estos hombres han sido bruscamente separados de aquellos seres a quienes aman y sienten impaciencia por volverlos a ver; las cartas que reciben de sus familias les inquietan y les entristecen; su fatiga es grande por la lentitud de las operaciones, y ardientemente suspiran por llegar al fin de las hostilidades. Todo esto es muy humano. Sus jefes han tenido conomiento de los efectos de vuestro llamamiento a la paz; han sabido que ha sido leído con avidez, comentado y discutido con pasión en las trincheras. Ha habido necesidad de abrir una información discreta y minuciosa. Por ella se ha sabido que se os han escrito cartas en respuesta a vuestro manifiesto. La autoridad militar ha recogido un gran número de documentos interesantes. Entre estos documentos figuran numerosas cartas escritas bajo la impresión de un momento de resentida emoción por esos hombres que se baten, que diariamente exponen su vida, que sufren lejos de los seres queridos, y algunas de esas cartas son tan comprometedoras, que han dado motivo muy serio para sofocar de golpe la agitación producida, enviando ante los pelotones de ejecución a sus autores, y haciendo con ellos un ejemplar escarmiento. Todos estos soldados son de los vuestros, camaradas, amigos. Hay entre ellos algunos que os interesan muy de cerca...

En este momento, yo lo confieso, porque es la verdad, me sentí fuertemente impresionado, no encontrando la palabra adecuada para explicar mi grandísima emoción. Mi corazón sufrió una violenta y profunda opresión y mis ojos se nublaron y humedecieron, chispeando lágrimas.

¡Qué tristeza, qué dolor y qué remordimiento para mí si otros habían pagado con su vida lo que yo había hecho! Pues si había algún culpable ese culpable ¡era yo! ¡Si alguno debía ser inquietado, perseguido, condenado, ese alguno era yo, yo solo! ¡Y yo que creía no comprometer a persona alguna, yo que había creído asumir todas las responsabilidades firmando solo, absolutamente solo, mi manifiesto!...

Todas estas reflexiones me asaltaron bruscamente. En un rápido momento de excitación imaginativa veo caer a mis mejores amigos, los camaradas más queridos. ¡En su postrera mirada leo un reproche por haberles sacrificado, mientras yo estaba bien, resguardado de todo peligro!

El gran trastorno que de mí se había apoderado era atentamente observado por M. Malvy, quien parecía no ser insensible a mi angustia y hasta que participaba de mi intensa pesadumbre.

—Tranquilizaos—me dice—. Hay en el ministerio hombres que, por principio y por naturaleza, son adversarios de los procedimientos de "mano fuerte", los que sólo consienten en casos excepcionales y de absoluta e indiscutible necesidad. Estos hombres son adversarios de los tribunales marciales y de la justicia sumaria y se han opuesto firme y decididamente a todas las medidas de rigor que la autoridad militar tenía el designio de aplicar a vuestros amigos.

Yo he obtenido que todos los documentos del expediente formado, es decir, procesos, informaciones y cartas relacionadas con este asunto, me fuesen entregados, y los he arrojado al fuego. Todo ha sido destruído. De los procesos, de las informaciones hechas, de las cartas halladas, no queda nada. Todo ha sido reducido a cenizas. Este asunto, como si no hubiera existido.

—¿Vos habéis hecho eso? ¿Vos me lo afirmáis?

—Yo os lo aseguro; os doy mi palabra de honor.

—Gracias. Pues bien, M. Malvy; no quiero titubear en haceros la promesa de lo que esperáis de mí, comprometiéndome a satisfacer vuestros deseos. Os doy mi palabra y estimaré que ella os de la seguridad de que sabré cumplirla.

—Tengo la certidumbre de que se puede confiar plenamente en vuestra lealtad, y sinceramente os doy gracias por ello.

. . . . . .

Después de estas palabras me levanté para despedirme. M. Malvy me acompañó hasta la puerta de su despacho, y ya en el umbral, instintivamente y como para sellar el compromiso contraído, nos damos un vigoroso apretón de manos.

SEBASTIÁN FAURE

Las incongruencias de los "guerristas"

Quien hubiera sostenido antes de la guerra que en Rusia se gozaba—política o económicamente—más libertades que en Alemania, estaba seguro de conquistarse una patente gratuita de imbecilidad.

Hoy, al mágico conjuro de los intereses capitalistas en choque, puede hacerse impunemente. Es más: hasta parece que ello viste bien y que da aires de intelectualidad al que lo hace.

En esos intereses no tienen participación de ningún género—que nosotros sepamos—los anarquistas.

Dado, pero, el empeño y el entusiasmo con que—por lo menos a distancia y muy cómodamente—los apoyan y los defienden, de algunos podría creerse más o menos fundadamente lo contrario.

¿Qué extraño fenómeno ha venido a interrumpir en esos individuos la continuidad entre el pensamiento y la acción?

¿Qué extraño fenómeno ha venido a obscurecer en esos individuos sus concepciones de ayer, aquellas concepciones que están en pugna abierta con la tésis que hoy sostienen? Una de dos: O no sienten lo que dicen o no cumplen los deberes que sus nuevas convicciones les imponen.

Si ven amenazadas nuestras libertades con el triunfo de Alemania, tienen el deber ineludible de armarse y correr a la frontera. En Francia están abiertas para todos las oficinas de reclutamiento voluntario.

¿Por qué no lo hacen? ¿Por qué no han ido ya a alistarse los francófilos españoles? ¿Qué es lo que esperan?

Si realmente Inglaterra, Francia y Rusia defienden en esta guerra los supremos intereses de la Civilización y del Progreso, los que aquí se dan cuenta exacta de ello, tienen que abogar porque España intervenga cuanto antes, ya que Alemania posee una formidable fuerza de resistencia y hay que librar a Europa a toda costa, de la posibilidad de su triunfo y consiguiente hegemonía.

Ya sea porque no se ha aducido un argumento de valer para probarlo, ya sea porque no se ha hecho una demostración capaz de convencer, nosotros